

GLOSARIO DE REVISTAS

La influencia del deporte en la literatura contemporánea.

Analista tan sutil de nuestro tiempo como don José Ortega y Gasset se refirió, con la debida extensión, en sus conferencias de la América del Sur, a la decisiva influencia del deporte en la vida contemporánea.

El tema preocupa ya a los mejores espíritus europeos. En el número de 19 de Enero del presente año de *La Revue Bleue*, Marcel Berger escribe sobre *La influencia del deporte en la literatura contemporánea*.

«¿Cuáles son los hombres y las mujeres—pregunta el escritor francés—más populares bajo todos los cielos del mundo? Son los espectáculos — responde — y son los héroes deportivos. La civilización científica, aliviando el esfuerzo físico impuesto a los músculos y a los miembros del hombre, lo pre-

disponía, acaso, a ser uno de esos seres monstruos descritos por Wells, de cerebro o vientre excesivamente desarrollados.»

¿Cuál sería entonces el significado del deporte?

«El deporte, a juicio nuestro, sería pues una reacción orgánica de la humanidad que, sintiéndose amenazada en sus obras vivas, busca la salvación en el ejercicio, la traspiración, la desintoxicación indispensables. Reacción, igualmente, del ser pensante contra la doctrina del antagonismo entre lo físico y lo moral, del sedicente predominio del elemento espiritual sobre el corporal, del desdén por lo «inferior» humano, doctrina bajo cuyo ascendiente vivieron nuestras razas occidentales cerca de dos milenios y de la que comienzan a desligarse solamente ahora en el alba de esta era nueva liberadora, previsoramente y redentora del cuerpo humano. Agreguemos

la influencia de esta guerra abominable de que acabamos de salir y en la cual, en el barro y la podre de las trincheras, muchas generaciones de hombres han sentido el valor sagrado de este despojo que estaban acostumbrados a humillar y han formulado, con angustia, el anhelo de glorificarlo si sobrevivían a la tragedia».

Habla de la repercusión sentimental de los «ases» del deporte y sus hazañas:

«Con los extraordinarios progresos recientes de los medios de comunicación y de transporte, ¡qué amplitud han adquirido estos encuentros que, antes de ahora, no ponían frente a frente sino a los vecinos de la misma parroquia, siempre los mismos! Pensemos en el prestigioso estímulo que significa ahora para la excitación sentimental e intelectual de las masas — ¿y por qué no de las *élites*?— la organización para todos los deportes, atletismo, foot-ball, tennis, de competencias regionales, nacionales, internacionales cuya amplitud crezca cada estación, hasta llegar, cada cuatro años, a la solemne apoteosis de los Juegos Olímpicos. Es una historia nueva que comienza a bordarse al margen de la otra historia, una historia más rápida y apasionante, más fecunda en golpes teatrales, tan significativa y más moral, sin duda, que

su hermana, si es verdad que en el estudio de la ascensión de un campeón o de un equipo hay que considerar el triunfo del «don», ese elemento casi divino ante el cual en todo dominio hay que inclinarse. Don que no lo es todo y que debe acompañarse, para llevar al triunfo, de un cortejo de técnica, de trabajo, de voluntad y de entrenamiento, alianza armoniosa de todas las cualidades viriles.»

Repercusiones literarias de la hora deportiva del mundo:

«El estilo, característica íntima del arte del escritor. Si hay un rasgo del que, con justo título se sienta orgullosa nuestra joven generación de novelistas, poetas y ensayistas, es seguramente del «estilo moderno». «Vieille barbe» el que emplea en la hora actual la lengua un poco abstracta y «blanca» de los escritores de hace cuarenta años. ¿En qué consiste, entonces, el estilo moderno? Brillante, liviano, imaginista, incisivo, rápido, todos los epítetos que le convienen son sensuales. Desafección de toda la generación magnífica de los Arnoux y los Morand, los Giraudoux, los Mac Orlan, Colette, desafección por esa pintura abstracta de los movimientos psicológicos a la cual Paul Bourget debió, durante cuarenta años, por la innegable maestría con que la practicaba, su renombre uni-

versal. ¡Fin de las investigaciones verbales en el interior de las conciencias! ¡Rebusca de la traducción visual o, en todo caso, corporal de los movimientos íntimos de la sensibilidad! Un gesto, una mirada, una palidez, dedos que se crispan o, sencillamente, una tensión arterial que se exagera: he aquí al escritor de hoy convencido, acaso con razón, de que roza la verdad orgánica, más cerca de la verdad en sí que toda otra verdad.»

Otras gracias conquistadas por la influencia del deporte:

«Mayor rapidez en la exposición de una teoría, en la trama de una novela, menos precauciones oratorias, transiciones menos prudentes que en la mayoría de las obras que ocuparon hasta hoy un lugar en nuestra literatura, las novelas de Balzac, por ejemplo, cuya «mise en train» — confesémoslo — parece ahora, a menudo, fastidiosa a los «deportivos» cogidos por la corriente del acto directo y de verdad inmediata por el cual nos hemos decidido los de la mayoría».

La campaña electoral de Hoover

En el número del 1.º de Enero del presente año de *La Revue de Paris*, Bernard Fay dedica unas páginas pintorescas a la reseña de la

última campaña presidencial norteamericana.

Conviene destacar algunos aspectos de la gran contienda electoral.

Una secretaría: «El interior está tapizado de banderas y banderolas que encuadran la imagen sonriente del candidato a la presidencia y la menos entusiasta del candidato a la vice-presidencia. Un estrado con las mismas decoraciones se levanta en medio de la sala. Una mesa, cerca de la puerta, está llena de papeles, prospectos y fotografías. Hay allí discursos pronunciados por el candidato, elogios del candidato para todos los gustos: para las mujeres, los niños, los negros, los jugadores de golf, los empleados de pompas fúnebres, los xilofonistas y, en general, todos los grupos de electores; botones de metal para ponerse en la solapa, un hermoso *Smith* en letras rojas sobre fondo oscuro entre los demócratas, un imponente *Hoover* en letras de oro bruñido sobre fondo de acero entre los republicanos, carteles para ser colocados en los automóviles: *Hoover*, decían sencilla y pesadamente los republicanos, «*I'm for all*» decían más vivamente los demócratas y algunos republicanos espirituales ponían sobre el parabrisas: «*I'm not*».

Los diarios: «Cada mañana el diario recuerda a los